

Estado, biopoder y exclusión: la dimensión política.

Entrevista con el Dr. Jaime Osorio

Por José Alberto Sánchez Martínez

El Dr. Jaime Osorio es profesor-investigador del Departamento de Relaciones Sociales de la UAM-Xochimilco. Autor de diversos libros relacionados con el tema del Estado y la Política. Sus trabajos se centran en pensar desde América Latina, la pobreza, la violencia, son algunos de los más reincidentes en su análisis. Esta entrevista se realiza con motivo de la publicación de su nuevo libro aparecido apenas en este año 2012.

Estado, biopoder, exclusión. Análisis desde la lógica del capital, es el título que acompaña tu nuevo libro. Hay tres grandes conceptos que nos interesan particularmente de tu trabajo, el de política, el de Estado y el de biopoder. ¿Cómo concibes la dimensión política de la lógica del capital pensando que una de las principales tesis de tu trabajo es que generalmente los estudios del capital se han centrado en la dimensión económica, y tú planteas la dimensión política como lo central en tu libro?

Normalmente cuando uno escucha la noción “capital” inmediatamente remite a problemas de orden económico. Lo económico como sinónimo de capital. Sin embargo el capital es una unidad económica y política. Estos no son dos elementos separados que de pronto se unen. No puede haber explotación si no hay un proceso de dominio y el dominio, por lo menos en el mundo del capital que tiene un objetivo económico, que es obtener plusvalía. Desde allí ya está planteada la necesidad de pensar al capital como una unidad económica y política. Lo político y lo económico del capital son dos caras diferenciadas de su unidad.

La pregunta que debemos hacernos es por qué en el mundo que construye el capital, en esto que llamamos capitalismo, esa unidad es fundamental que se presente fracturada, es decir, que lo económico aparezca ajeno

a lo político y que lo político aparezca ajeno a lo económico. Esto se resultado de una doble ruptura, de un doble proceso de quiebre. Primero, que no aparezcan como una unidad, sino como dos esferas separadas lo económico y lo político. En un campo lo económico: la explotación; y en el otro lo político: la dominación. Pero esto todavía es un elemento gravoso para como el capital debe aparecerse. Gravoso porque serían visibles la explotación en lo económico y la dominación en lo político. No basta con separar estas dos esferas sino que, además, debe propiciarse una segunda ruptura, la de las relaciones sociales que las constituyen. Que quiero decir con esto: que lo económico no aparezca como relación de explotación sino como la acción de individuos que operan en el mercado donde intercambian cosas por cosas, y en donde desaparecen las relaciones sociales que los llevan al mercado y con cosas o mercancías determinadas.

En general podríamos decir que el mundo del capital es uno en donde las relaciones sociales de cualquier tipo tienen que desaparecer de la reflexión. El propio fundamento de la ciencia moderna es el de una ciencia que se funda en cosas y no en relaciones sociales. Al propiciar esta segunda fractura en lo económico y encubrir las relaciones sociales de explotación, lo que se busca es construir un espacio, el mercado, que justifique la desigualdad social que genera la explotación. Allí aparecen sujetos que van con su fuerza de trabajo y la venden y perciben un monto de dinero por su mercancía, al igual que tantos otros vendedores de otros productos que perciben un monto de dinero por los productos que venden. Son sujetos libres, ya que van por propia decisión al mercado, como tantos otros que llevan a vender allí celulares, tortillas, televisores o autos. Esto es fundamental en el imaginario y en la ciencia que construye el capital: estamos hablando de sujetos libres. En el mercado no hay ninguna apropiación de trabajo ajeno que se haga

visible, como tampoco los procesos de sujeción política operando en este ejercicio y que obligan a los individuos a tener que ir a vender su capacidad de trabajo. Así queda entonces constituida la esfera económica, primero fracturada de lo político y, en segundo lugar, fracturada de las relaciones sociales de explotación que opera en ese campo, y reforzando, además, el imaginario de libertad.

Ahora, si miramos la esfera política, la encontramos fracturada de la economía. Pero es una esfera política donde el capital domina. Es evidente que el capital no puede presentarse en su despliegue como dominio. Tiene que presentarse como algo distinto. Como dice Marx, el capital genera “un mundo encantado, invertido y puesto de cabeza”. ¿Cómo rompe el capital ahora con las relaciones de dominio? Alimentando el imaginario que el Estado es de todos. Individuos que un día acordaron por la vía de un contrato social cuál sería la mejor forma de organización para que sus vidas no corrieran peligro, tuvieran seguridad, hubiera protección sobre sus bienes. En medio de ese acuerdo, donde se cede soberanía, emergió el Estado.

Este relato va alcanzar un grado de consolidación mayor, en tanto contrato entre individuos iguales, con la constitución del ciudadano y el sufragio universal, donde el ciudadano dueño de Telmex políticamente es igual al ciudadano portero de Telmex: cada cabeza es un voto y, entonces, no importa que haya desigualdad en el campo económico, donde el mercado tiene la responsabilidad de premiar o de castigar a los individuos en función de su talento, de su capacidad y de su esfuerzo.

El mercado, un ente técnico, neutro, administrativo, no puede operar entonces con igualdad, porque los individuos no trabajan con el mismo esfuerzo, no tienen iguales talentos ni iguales capacitaciones. Pero en el campo político el capital necesita desplegar la idea de igualdad. Si allí somos todos iguales, no importa si algunos son dueños de empresas y otros porteros; todos somos sólo un voto a la hora de decidir los asuntos de la vida en común.

Todos estos relatos contienen otro elemento sobre el que es fundamental llamar la atención. En los dos casos, tanto en el mercado, como en el Estado-contrato y su derivación en el ciudadano, el elemento que se privilegia es el individuo. Las ciencias sociales que construye

el capital se sustentan sobre el individuo, bajo las mismas premisas reduccionistas que la llevaron al átomo en la física o a la célula en la biología (y que hoy ya han sido rebasados en esta búsqueda incesante de “la parte sin partes” a que remite la noción “átomo”). La concepción empírica y reduccionista de ciencia reclama una unidad básica desde la cual empezar a construir ciencia.

Al individuo se le puede ver cómo se comporta en el mercado, así como conocer sus decisiones en el campo político estatal; se le puede entrevistar, medir, someter a observación, ser objeto de experimentación, etc. Cumple así con todas las exigencias “científicas” de lo empírico-experimental que prevalece. Ello da buenos argumentos a esta ciencia para dejar en el camino las relaciones sociales que —oh! paradojas del conocimiento— son las que constituyen a los individuos. Porque al fin y al cabo vivimos de plusvalía o salario; desarrollamos labores intelectuales o manuales; formamos parte del mando o bien de los que obedecen, somos dominados o por el contrario dominantes, y todas las relaciones inscritas en las dicotomías anteriores nos hacen individuos diferenciados, según dónde nos ubiquemos.

Es así como el capital logra construir un mundo fetichizado, que oculta y/o desvirtúa las relaciones sociales de dominio y explotación que lo constituyen. Y alienta en ese mundo “puesto de cabeza” la conformación de ciencias y problemas que no lo pongan al desnudo.

En la esfera económica se reconoce la desigualdad...

Exacto. Para el pensamiento liberal se da por sentado que en la esfera económica no sólo es posible sino necesaria la desigualdad. Si no hubiera desigualdad social significaría que el mercado estaría premiando por igual a holgazanes y “emprendedores”. Eso no puede ser posible. El mercado —ya lo hemos dicho— debe retribuir a cada cual de acuerdo al esfuerzo que realiza, a los talentos que tiene, a las capacidades desarrolladas. Allí está el origen de cualquier desigualdad social dirá el liberalismo. Esta es una primera explicación del problema. Pero hay una segunda razón: la desigualdad constituye un motor del desarrollo para los liberales, porque los que tienen menos sentirán la necesidad de poner mayor esfuerzo, trabajar más, capacitarse más para alcanzar la riqueza y los niveles de bienestar que alcanzan otros

individuos. Entonces la desigualdad social para el liberalismo se constituye en un elemento benéfico para el conjunto de la sociedad.

Pero la esfera política anula esas desigualdades y nos pone a todos en una misma condición.....

Nos pone ante la idea de que todos somos iguales y lo que ocurra en lo político es resultado de la decisión de todos. Entonces no hay dominio, no hay clases sociales que dominen. Estamos todos en la misma situación: somos ciudadanos y como ciudadanos estamos todos empoderados para resolver el curso de la vida societal. Al dar por sentado que el Estado es un elemento que los propios individuos han contractualmente establecido para organizar la vida en común, ese Estado no tiene los datos marcados, no tiene preferencias sociales estructurales, está para alcanzar el bien de todos, está para salvaguardarnos a todos. Por mucho dinero que se tenga no hay forma de que un voto sea más que un voto. De allí que las elecciones –y la democracia– constituyan elementos clave de la política no sólo en materia de legitimidad del mando político sino en el imaginario de igualdad que el mundo del capital reclama. Ahí está la urna transparente para poner en evidencia que Slim o Azcárraga, a pesar de su poderío económico, a la hora de la verdad sólo pueden depositar un voto, como cualquier vecino.

Si la esfera política anula las desigualdades, me gustaría preguntarte si la democracia es propia de la esfera política o de qué manera participa la esfera económica en esa visión de la democracia. Porque parece que la democracia es únicamente una construcción de la esfera política, donde la esfera económica no participa.

Las ciencias sociales se basan exactamente en la idea de fracturar la vida social, constituyendo un campo de lo económico, un campo de lo político y un campo de lo social, todos delimitados y que dan sustento a las tres principales disciplinas sociales, la economía, la política y la sociología. Se da por sentado que existen estos campos en forma autónoma, y que entre ellos puede haber algún grado de interrelación, pero que son mutuamente independientes. Esto podría extenderse a las demás ciencias sociales y humanidades.

Bajo estas premisas se producen paradojas en la vida societal difíciles de explicar. Por ejemplo, cuando en los años ochenta y noventa en América Latina se habla de las transiciones a la democracia o más tarde de la consolidación de la democracia, hay discusiones en donde los politólogos, para sostener las ideas anteriores, deben reforzar las fronteras de su disciplina, ante el incremento de la pobreza y la miseria en la región. “Estas últimas son asuntos de la economía, o mejor, son asuntos del mercado” será su respuesta. En el fondo, ante la incapacidad de una explicación que compagine ambos procesos, se atrincheran en su bunker disciplinario: “Nosotros somos politólogos y pensamos sobre lo político. De la extraña convivencia pobreza y democracia sólo ésta última es de nuestra competencia”. El crecimiento de procesos electorales en diversos países lleva a los politólogos, sin tapujos, a afirmar que hay transición o bien consolidación de la democracia. Pero como ven que hay algunos problemas sociales serios, introducen el tema de la “calidad” de la democracia. ¿Qué será buena o mucha democracia? ¿Qué será mala o poca democracia? Aquí los problemas inherentes a la camisa de fuerza disciplinaria los han conducido a terrenos pantanosos en donde a cada movimiento, más que resolver problemas, se hunden más.

Están hablando que hay democracia en América Latina en los mismos momentos en que el despotismo del capital se está haciendo presente como nunca en la totalidad societal, pauperizando, generando miseria, precarizando trabajos, reduciendo salarios, quitando prestaciones sociales, fracturando la vida sindical, destruyendo bases mínimas de convivencia social. Tenemos entonces una esfera política donde unos –los politólogos– están discutiendo sobre la democracia y cómo elevar su calidad, y en el campo económico tenemos a los economistas dando cuenta como se desgaja la vida social y se fracturan las bases de la convivencia social, pero bajo un lenguaje y cifras que dan cuenta del incremento de la pobreza, de la precarización, del desempleo, de la miseria, de la desigualdad social etc. Si se integrara todo esto ¿sería posible sostener que estamos viviendo en sociedades democráticas porque hay elecciones y porque los ciudadanos votan? Son evidentes las limitaciones de pensar desde compartimentos estancos.

Si integramos lo que ha sido fracturado por las disciplinas podríamos preguntarnos por qué para el capital

es necesario que se hable que estamos en democracia y se mantengan ciertos rituales que le den cierta base a ese discurso, en momentos que la desintegración de la vida societal ha alcanzado niveles profundos por la agresividad de la explotación y sus ofensivas contra el mundo de los *paupers*, sea que trabajen, sea que se encuentren en el desempleo. Veríamos que aún en aquellos casos en donde se respeta el voto y hay instituciones sólidas, lo que nos pondría ante una elevada calidad de la democracia, aún en esos casos, la capacidad de decisión de los ciudadanos es muy limitada, que el supuesto empoderamiento de la ciudadanía no deja de ser uno más de los ingredientes para sostener el imaginario de que hay democracia y de que realmente decidimos. En el fondo, el poder político prevaleciente y los intereses de clases que allí se expresan nos ofrecen un campo de juego ya marcado, delimitado, ya “elegido” previamente por dicho poder. Y en ese campo de juego demarcado, se nos dice “elijan”, y se alimenta el imaginario que en nuestras decisiones todo está en juego, que el curso de la vida en común está en nuestras manos.

El Estado de derecho, la ley, constituyen parte central del trazado del campo de juego, de la elección previa y central. No podemos elegir nada que se encuentre fuera de ese campo trazado. Un ejemplo elemental: ¿por qué no tenemos elecciones en donde se ponga a discusión y a votación de la población la vigencia o abolición de la propiedad privada? Seguro que con problemas como los anteriores, las elecciones serían asuntos más sustanciales, que elegir entre azules, rojos o amarillos. Lo sintomático de la internalización de estos procesos es que ni siquiera fuerzas de izquierda lo discutan, ya no digo que logren que estos temas se ponga a votación, simplemente que lo pongan a la vista del grueso de la población en las horas y espacios que cuentan en televisión, radio y prensa como parte de una elemental cultura cívica y política. El ejemplo anterior sólo tiene por objeto poner de manifiesto la falacia o las limitaciones del “tú decides” de las campañas electorales aún en las mejores democracias. Cuánta mayor serán esas falacias y esas limitaciones en las democracias no tan buenas o en las malas.

Cuando tú dices que hay el surgimiento de un poder que va devorando la vida humana, parece ser que a partir de ahí emprendes el concepto de biopoder ¿Cómo asumes el concepto de biopoder en tu trabajo?

Yo abrevio en este sentido de formulaciones de Michel Foucault y Giorgio Agamben, donde busco poner en evidencia, sin embargo, los límites de las propuestas de estos dos autores sobre el tema. Por ejemplo, tomo de Agamben la figura del *homo sacer*, el hombre sagrado, una figura jurídica del derecho romano antiguo que se encontraba en un limbo jurídico: era un personaje que no se regía por la ley de los dioses, y eso hacía que su muerte no fuese considerada un sacrificio; pero a su vez tampoco se encontraba inscrito dentro del derecho de los hombres, por lo tanto quienquiera podía darle muerte sin ser considerado homicida. Por lo tanto su vida estaba en permanente entredicho. Esa es la condición del *homo sacer* que Agamben recupera para pensar sobre el biopoder en el mundo actual.

Agamben y Foucault, a mi parecer, se quedan cortos en la radicalidad del discurso del biopoder que proponen, porque son autores que mantienen distancia con la idea de que vivimos en un mundo donde es la lógica del capital la que impera, la que da sentido a la vida social en nuestro tiempo. Desde allí es posible ver que son los trabajadores hoy en día la expresión concreta del *homo sacer*, aquellos a quienes se les puede arrebatar la vida día a día, cuando no lisa y llanamente dar muerte (pensemos en lo inmediato en las decenas de mineros sepultados en los últimos años en México), sin que quienes les dan muerte de una u otra forma, sean considerados homicidas. Por el contrario, son considerados benefactores, porque dan empleos; son considerados altruistas, porque generan posibilidades de trabajo a grandes mayorías, etc.

¿Por qué digo que los trabajadores son el punto nodal de los modernos *homine sacer*? ¿dónde reside la condición esencial para explicar este asunto? ¿qué es lo que lleva a los trabajadores a estar a la seis de la mañana en estaciones del metro o del transporte público?, Van a vender su fuerza de trabajo, es decir, sus capacidades físicas y espirituales que les permite trabajar, fuerza material para levantar sacos, teclear computadoras etc., y fuerzas de creatividad, de generar ideas nuevas, de imaginar cómo producir cosas nuevas, todo eso es lo que van a vender. Ahora, cuando venden esas capacidades físicas y espirituales el problema es que el que compra esas capacidades no sólo se lleva la fuerza de trabajo, sino que se lleva al trabajador mismo, porque no hay forma de vender las capacidades físicas y espirituales

separadas del sujeto, en tanto dichas capacidades reposan en la corporeidad viva del trabajador. El que compró la fuerza del trabajo se lleva al trabajador consigo. Ahí hay un primer problema fundamental para entender la capacidad del capital de poner la vida en entredicho. Un segundo problema: cuando el capital compra fuerza de trabajo la compra para producir excedentes de valor. Y si producir valor y excedente constituye el núcleo central del capital, no es difícil comprender que el capital va a someter y va a disciplinar a esa fuerza de trabajo a un régimen de trabajo donde lo va a tratar como a una fruta a la cual hay que exprimirle diariamente la mayor cantidad de trabajo excedente posible. Tanto más si el trabajador se convierte en un producto desechable, por la presencia de miles de brazos disponibles bajo la forma de subempleados o desempleados.

En un mundo hambriento de producto excedente, el que aparezca una mercancía llamada fuerza de trabajo inscrita en la corporeidad viva de los trabajadores, y que su venta sea la situación de la mayoría de la población mundial, nos pone ante un problema de biopoder en donde no es necesario recurrir a grupos particulares, reducidos, como locos, migrantes, como lo hacen Foucault y Agamben, para percibir el enorme poder que el capital ha ganado sobre la vida. El problema está presente en el taller cercano con horarios interminables, en los motociclistas con recorridos peligrosos para entregar pizzas a tiempo, en los *call center*, en el trabajo domiciliario, en las cadenas de montaje, en las cajas de supermercados, en fin, en todos los espacios en donde el capital somete al trabajo. Con mayor razón en los procesos en donde el capital genera población excedente y los presenta como excluidos de su lógica, cuando es su inclusión en esa lógica la que los excluye.

La capacidad del capital de poner la vida en entredicho y de dar muerte ocurre no sólo un día sí y otro no, sino que es la vida toda del trabajador la que se ve sometida a regímenes de muerte, con salarios de hambre, inestabilidad laboral, largas jornadas, a las que hay que sumarles las horas de transporte, flexibilidad para hacer múltiples operaciones de manera simultánea o para pasar de trapear pisos a atender clientes con una sonrisa. Cuando el capital habla hoy día de crimen organizado, habría que decir que la reiteración del delito de poner la vida en entredicho constituye un crimen, y que si en nuestro tiempo hay algún crimen que sea universal y organizado

en sus más variadas dimensiones ese no es otro que el que despliega el capital. No es necesario tener que ir a los estados mexicanos en donde prolifera la muerte por la guerra emprendida contra el narcotráfico y bandas delincuenciales diversas para constatar la presencia del crimen organizado. Basta ver a los miles de hambrientos en cruceros; el agotamiento de obreros, empleados del comercio y oficinistas en el transporte público a la hora de su regreso del trabajo; acercarse a las cifras de trabajadores que mueren o enferman de manera prematura por laborar en condiciones que atentan contra sus vidas; acercarnos a las magnitudes del salario, a su reducción real y al crecimiento de la población que vive con salarios de hambre. .

Se trata de un crimen paradójico porque genera riqueza para unos cuantos. Mientras existe esa disciplinabilidad del Capital en la vida a nivel del trabajo para unos, para otros genera esa misma actividad, ese crimen organizado, cierto tipo de riquezas: la lógica del mercado.

Es agudo en este sentido la pregunta que se formula Bertolt Brecht: ¿Qué es más delito: asaltar un banco o establecer un banco? Véase que la pregunta pone de manifiesto que operar en la ley y el derecho imperantes puede implicar también delito. Es evidente que bajo la cobertura de la ley prevaleciente establecer un banco no es delito. Por el contrario, es legalmente bien ponderado. Bien, aquellas misma pregunta de Brecht podríamos extenderla en relación al establecimiento de fábricas, supermercados, talleres y todo espacio en donde el capital explota y pone la vida en entredicho.

Esta noción de biopoder no opera únicamente en la esfera de lo económico sino que también opera en tanto poder político.

Exactamente, ese es uno de los objetivos del libro que comentamos: mostrar que el capital es también poder político y que una de sus manifestaciones es el poder sobre la vida, proceso que por estar cubierto por la ley no se nos presenta como delito ni como crimen.